

CONCLUSION.

Hemos sondeado ya la llaga del Socialismo. Al través de largas vueltas y revueltas hemos reconocido que esta llaga partía del principio protestante, el cual, ahorrillándose en cierto modo, ó estendiéndose en varias puntas, produjo de una parte, bajo la acción progresiva del libre exámen, el *Naturalismo*, ó sea, el aniquilamiento completo del orden sobrenatural, y de su influencia en todo en el orden religioso, filosófico, político y social; y de otra parte, el *Panteísmo*, ó sea la divinización de la naturaleza humana en toda la perversidad de sus apetitos, por la confusión de lo finito y de lo infinito, resultado inevitable de toda heregía.

El Naturalismo y el Panteísmo, volviéndose á reunir han concurrido despues de concierto á producir el Socialismo: el Naturalismo quitando á la sociedad sus fundamentos; el Panteísmo desencadenando contra ella las pasiones humanas.

A este mal, tanto mas alarmante, en cuanto es el resultado de muchos siglos de devastacion moral, y la fuerza de destruccion que de tan lejos lo han conducido, no puede ser repelida hácia atrás, y para triunfar solo necesita el concurso natural de las cosas; á este mal, repito, hay sin embargo un remedio; un solo remedio.

Este remedio es el bien, cuya negacion es el mal, y

que felizmente se ha conservado frente á frente él en el mundo, nos ha acompañado, no nos ha dejado en cierto modo en todos nuestros descarrios; como un amigo fiel, como un guardian del cielo, ha preferido sufrir él mismo todos nuestros furores antes que abandonarnos á ellos, y se presenta á nosotros, hoy, que por el esceso mismo de nuestros males le hemos conocido, cubierto todo de nuestras calumnias, cargado todo de nuestras violencias, todo desfigurado por nuestras preveniciones, pero alargándonos sus brazos, y pronto á recibirnos en ellos, á estrecharnos en su seno, y á regenerarnos en él.

Este amigo fiel, este bien soberano, este único remedio es el Catolicismo.

Nosotros le hemos reconocido, por oposicion misma al mal que hemos descrito, y como siendo su constante antinomia; de tal manera, que la conclusion misma que nos lleva á rechazar el mal, implica el retorno á este bien, cuya pérdida es el mismo mal.

Llegados á este punto, no obstante, hemos vacilado en reconocer este bien en sí mismo, y en fijarnos en él: nos ha parecido como siendo, ó como habiendo sido, cuando menos, el enemigo de la tolerancia, de las luces, hasta de las costumbres; es decir, en suma, de la civilizacion, de la cual no queremos ni podemos desprendernos, aun cuando sus bienes debiesen comprarse al precio de los males que nos amenazan.

Pero muy presto esta opinion desfavorable al Catolicismo, efecto inevitable del mal que combatia, y que para acreditarse contra él debió desfigurarle por la calumnia; esta opinion, repito, queda disipada en una rápida revision del proceso instruido por el Filosofismo contra la Iglesia; y refiriéndonos á un estudio mas profundo sobre esta grande cuestion, y limitándonos á tocarla someramente, hemos llegado no obstante á destruir con la mayor facilidad los puntos capitales de la acusa-

cion intentada contra la Iglesia, y á volverlos victoriosamente contra su adversario.

Queda, pues, sentado que el Catolicismo ha sido el autor de la sociedad y de la civilizacion en lo pasado, así como es su única salud en lo presente: dos verdades íntimamente correlativas que no forman mas que una sola y misma verdad, porque la naturaleza de las cosas no cambia. Este pasado, ademas, que se le habia atrevido á disputar, y en el cual no se habia temido el ir á atacarle, se ha levantado para aplastar con un *mentís* á los acusadores temerarios, y publicar los beneficios, la poderosa actividad, la inspiracion civilizadora y la maternidad fecunda de la Iglesia. Hoy dia, en que la barbarie social es el término de la emancipacion del espíritu humano; en que un abismo abierto nos descubre el camino que allí nos ha conducido, y en que la misma decepcion nos ha restituido la vista, nos preguntamos atónitos, cómo ha podido formarse, establecerse y dominar por tan largo tiempo esta estraña paradoja: Que el mundo estaba retenido en las sombras de la barbarie por la Iglesia, y que solo sacudiendo su yugo ha podido salir de ellas. Esta es una de tantas ilusiones fatales, cuya fortuna se esplica por esta facilidad prodigiosa que tiene el espíritu humano para engañarse á sí mismo en las cosas que pertenecen á las determinaciones de la voluntad con respecto á la fe, y que ciegan con frecuencia á toda una sociedad, á todo un siglo, como á los simples individuos, y que no cegarian á los individuos si no cegasen al siglo. Cuanto mas salgamos de esta ceguera del espíritu humano, de esta eclipse de la verdad en la cual entró el último siglo, y cuya duracion ha hecho toda su importancia, mas conoceremos la falsedad de este juicio, mas la verdad de la influencia civilizadora de la Iglesia se nos volverá á aparecer en toda su grandeza lógica é histórica, mas nos veremos llevados á esa Pie-

dra, en la cual hemos sido cortados, á esta caverna de la cual fuimos sacados (1).

Falta empero ahora una última paradoja que disipar, una última verdad importante que decir,

La Iglesia ha reinado en lo pasado; ha florecido en la edad media; ella produjo entonces maravillas de creacion intelectual y moral que nos hacen aparecer aquella época como su personificacion. La justicia misma que se le debe acaba de atribuirle la gloria de aquella grande época, como de su mas natural y de su mas magnífica obra.

Si esto es así, ¿el retorno á la Iglesia habrá de ser el retorno á la edad media? El mundo, puesto de nuevo bajo la misma influencia, vaciado, por decirlo así, en el mismo molde, ¿no deberia tomar la misma forma, y reproducir la misma civilizacion? ¿Los tres siglos que se han sucedido despues, ¿serán tres siglos de estravíos, de los cuales debemos abjurar todos los resultados, todas las instituciones, todas las conquistas, y la humanidad tiene que retrogradar trescientos años? . . . Si así es, si la salud del mundo ha de comprarse á tal precio, ya está visto: no hay mas que cubrirnos la cabeza, y resignarnos á perecer, por cuanto esta condicion de nuestra salud es de todo punto imposible.

Nada puede darse de mas falso y de mas péfido que esta manera de considerar la accion de la Iglesia y su resultado: contra tan funesto error nos levantamos con toda la fuerza de nuestro juicio y de nuestra conviccion.

Aun cuando nosotros quisiéramos volver á la edad media, la Iglesia no lo querría; pues no en lo pasado nos llama, sino en el porvenir, y no hácia atrás, sino hácia

[1] *Attendite ad Petram unde excisi estis, et ad Cavernam laci de qua praeccisi estis.* (Isaias, LI, 1).

delante nos tiende la mano para levantarnos del abismo; ó por mejor decir, no nos propone pasado ni porvenir, sino lo eterno, y como la eternidad es y será siempre sobre de nosotros, á elevarnos mas y mas es á lo que tiende la Iglesia: *Et extolle illos usque in æternum*, como canta en uno de sus mas bellos himnos. ¿Hemos llegado ya á la perfeccion de la moral evangélica? ¿la hemos superado? Y ¿seria retrogradar el dirigirnos hacia ella? Esta es la cuestion; pues el realizar en nosotros la perfeccion evangélica, es la mision, toda la mision de la Iglesia. *Id*, le ha sido dicho por una boca divina, *enseñad á todas LAS NACIONES á guardar todo lo que yo os he mandado, y para esto estaré con vos hasta el fin DE LOS SIGLOS.*

Todos los siglos, así como todas las naciones, han sido dadas por herencia á la Iglesia, pues lo que ella está encargada de operar en el mundo es de todos los tiempos, así como de todos los lugares, á saber, la justicia y la santidad, sin las cuales ni siglos ni naciones podrian vivir, y por las cuales viven siempre mas y mas.

Así vemos que la Iglesia se adapta maravillosamente á todos los tiempos como á todos los lugares para inspirarles la vida: ella los toma en su infinita diversidad, con su temperamento, sus instituciones y sus costumbres particulares, y realiza en ellos la perfeccion de este temperamento, de estas instituciones y de estas costumbres: en una república la perfeccion de una república: en la monarquía la perfeccion de una monarquía.

Ella obra en la duracion lo mismo que obra en el espacio: vémosla florecer igualmente en todas las latitudes y en todos los gobiernos, en los Estados-Unidos como en Nápoles, en las Montañas-Peñascosas como en la corte de Luis XIV; asimismo en la duracion, conviene igualmente á la edad media que á la edad moderna, al siglo décimo nono como al siglo duodécimo.

¿Qué mas notable en esta parte que la manera con la cual se verificó su establecimiento? Jesucristo, los Apóstoles, los primeros cristianos tomaron el mundo romano tal como estaba; ni una sola de sus instituciones fué por ellos atacada, ni aun censurada, á escepcion de la sola idolatría: á todo lo demas se acomodaron, y no tenian otra mira que inspirar en todo el Cristianismo. Hasta los cristianos eran los mejores súbditos del emperador, los mejores soldados, los mejores senadores, los mejores esclavos. ¿Por qué esto? Porque eran los mejores hombres siendo cristianos, y porque los mejores hombres serán siempre los mejores ciudadanos, los mas solícitos, los mas servidores, los mas sociables. Una carta de San Pablo nos presenta el notable y tierno pasaje de un esclavo, huyendo del castigo de su señor, y vuelto á enviar á éste por el Apóstol. El derecho del señor queda ileso: ved tan solo como el espíritu cristiano, el espíritu de caridad lo purifica y lo transfigura: "Yo os lo envió, y os suplico que lo recibais como á mis entrañas. . . . no ya como mero siervo, sino como quien de siervo ha venido á ser como uno de nuestros muy amados hermanos. Si os hizo algun daño, apuntadlo á mi cuenta. . . . Yo, Pablo, os lo escribo de mi puño, yo os lo pagaré. . . ." (*Epist. á Filemon*). De este modo hasta el Paganismo era respetado: tan solo el espíritu cristiano, como un fluido divino, venia atravesando sus instituciones y á transformarlas; y aun doscientos años despues vemos el curioso fenómeno de este edificio pagano enteramente en pié, bien que compuesto de cristianos: "Nosotros lo llenamos todo, escribia entonces Tertuliano, vuestras ciudades, vuestras islas, vuestros castillos, vuestras aldeas, vuestros consejos, vuestras tribus, vuestros ejércitos, el palacio, el senado, la plaza pública: no os dejamos mas que vuestros templos." (*Apologético*).

Seguramente que, si las instituciones nacidas del Pa-

ganismo eran conservadas y ejercidas por cristianos, ¿con cuánta mayor razon puede verificarse esto con las instituciones de nuestro siglo, que han nacido del Cristianismo?

En efecto el Cristianismo, la Iglesia, despues de la invasion de los bárbaros, tuvo que crear un nuevo mundo; y entonces fué cuando nos engendró, y cuando empezó la grande obra de la civilizacion moderna. Esta obra, á diferencia de la que obra en los individuos con mayor rapidez, porque su vida es mas corta, debia ser sucesiva y gradual. La Iglesia es para la humanidad cristiana como un celeste pedagogo, que cambia y diversifica sus métodos, segun la edad y el progreso del discípulo que debe educar. Su doctrina es inmutable, porque es divina, y necesariamente acabada; pero el progreso del discípulo en esta doctrina es sucesivo é indefinido; y por esto los métodos, los procedimientos empleados por el preceptor para hacer adelantar al discípulo, deben cambiarse y graduarse segun este progreso. Así vemos á la Iglesia á la vez inmutable en lo que tiene el encargo de enseñar y de hacer practicar, y muy variable en el empleo de los instrumentos y de los medios de que se sirve á este efecto, y que constituyen su relacion con el mundo. Esta fecundidad de recursos, esta infinita diversidad y esta flexibilidad de medios, es asimismo una de las cosas mas maravillosas que presenta la historia de la Iglesia, con su inflexibilidad en el objeto de su enseñanza; encontrándose completamente en ella aquel doble carácter de la divina Sabiduría que le inspira: *Attingit á fine usque in finem fortiter, et disponit omnia suaviter.* (La Sabiduría, VIII, 1).

Es ignorar completamente la historia de la Iglesia el inmovilizar sus relaciones con la civilizacion, por lo que fué en la edad media. La Iglesia ni nos ha dejado en la edad media, ni nos ha tomado en ella. Otros eran

sus medios de accion antes, otros han sido despues. La edad media no ha sido sino una de las fases de la educacion cristiana de la humanidad. Esta educacion se ha proseguido despues, y se proseguirá hasta el fin del mundo, pues por respecto á la perfeccion evangélica, el mundo estará siempre *para educar*. La falta del Protestantismo, la falta del Filosofismo, la falta de todas las inteligencias cuya capacidad circunscribe el orgullo, es creer que la humanidad puede acá en la tierra emanciparse de la enseñanza divina, así como semejantes descarríos son inútiles en cuanto prueban la necesidad de esta enseñanza por los delirios y los crímenes en que muy pronto se precipitan.

Por mas que hayan causado una considerable turbacion en la marcha de la humanidad y en la obra de la Iglesia, el desarrollo de la civilizacion ha ido prosiguiendo despues, bajo la misma influencia que la habia empezado; y en verdad que el siglo decimoséptimo fué de ella un precioso fruto, y puede darnos la idea de lo que hubiera sido esta civilizacion, si se hubiese igualmente desplegado en todos los puntos, y si no hubiese sido retardada y desviada como lo fué por el siglo de trastornos y errores que llevó consigo el Protestantismo.

Hasta el siglo decimoctavo, en que el Protestantismo convertido en Filosofismo consumió esta obra de desquiciamientos y de errores, cuyas desastrosas consecuencias estamos nosotros sufriendo, el siglo decimoctavo nos presenta el efecto de esta educacion progresiva de la humanidad por la Iglesia, que constituye la civilizacion. Todos estos grandes principios, en efecto, de justicia, de humanidad, de libertad, de igualdad, de tolerancia, aplicados al órden civil y político, y que se ha convenido en llamar las *conquistas del 89*, deben ser referidos al Cristianismo y al Catolicismo, salvo empero sus excesos y sus falsas aplicaciones: "Yo no sé por que, decia muy

“bien Juan Jacobo, se quiere atribuir al progreso de la Filosofía la bella moral de nuestros libros. Esta moral, sacada del Evangelio, era cristiana antes de ser filosófica.” (*Tercera carta de la Montaña*). Añadamos que ella era católica antes de ser protestante, y que ha perdido su virtud, y que hasta se ha vuelto funesta, pasando á protestante y filosófica. El Filosofismo no ha hecho de esta moral otro uso, como hemos visto, que volvera contra el dogma católico, único que puede alimentarla; *ha hecho cocer el cabrito en la leche de su madre*; y con esto ha hecho peor que si hubiese negado la moral con el dogma, pues no la ha exaltado, sino para destruirla mejor en su principio, y con ella toda civilización, y hasta para convertirla en instrumento de barbarie.—Los efectos justifican asaz este juicio.

De ahí resulta que nosotros hemos presentado, y estamos presentando aun, el extraño espectáculo de una sociedad, cuyas instituciones todas suponen el Cristianismo, el Catolicismo, son su fruto mas avanzado; y funcionan contra el Cristianismo y el Catolicismo. Protestantes hay que predicán la autoridad, Filósofos la caridad, Ateos la Providencia, y todos hablan un lenguaje que no comprenden; manejan un instrumento que los hiere, hacen mover una máquina al revés.

Esta es; no hay que dudarlo; la causa, la grande causa de nuestra impotencia y de nuestra decadencia, que, si continúa, nos bará retrogradar, no de trecientos años solamente, sino de mil ochocientos años.

El Catolicismo solo puede realzarnos y hacernos adelantar, porque solo el puede introducir esta armonía que falta entre el juego y el espíritu de nuestras instituciones. Volviendo á entrar en ellas, léjos de serles extraño, y mucho menos hostil, no hará mas que encontrarse otra vez á sí mismo, y tomar otra vez su inmortal tarea de perfeccionamiento social, tan desgraciadamente tur-

bada, profanada y pervertida por nuestras revueltas.

¡Ojalá la sociedad entera, instruida de su descarrío en la escuela de sus desgracias, comprenda por fin sus causas, y su único refugio! Este descarrío empezó en el siglo decimosexto por el Protestantismo. Hijo pródigo del Catolicismo, vino á pedir á su padre su legítima de fé y de Cristianismo, protestando contra la santa autoridad que le guardaba su depósito y que le dispensaba sus frutos; y partió, alejándose de la Iglesia, y á medida que se alejaba, gastando, disipaba su fé en todos los desvíos y todos los excesos del libre exámen. Su descarrío, tomando cuerpo, vino á ser el de la sociedad entera, la cual, á instigacion suya, ávida de gobernarse por si propia, se emancipó del Cristianismo, llevándose consigo todos estos grandes principios de justicia, de libertad, de igualdad, de humanidad, de tolerancia, que eran como su legítima, pero que ella disipó en todas las orgías de la razon, prostituida á todas las brutales pasiones, á todos los salvajes instintos. Y no obstante, despues de todos estos grandes excesos, los recursos de la sociedad no quedaron todavía enteramente agotados. La fé habia perecido en los individuos, pero sobrevivía aun para la sociedad en este fondo comun de creencias generales y de principios morales, restos del Cristianismo, y que componian como la sustancia social. Pero esta reserva, á la que nada mas alimentaba, fué audazmente atacada por el Racionalismo, y desapareció por fin enteramente. Entonces fué cuando se vió reducida la sociedad, para subsistir, á someterse á los mas impuros sistemas, y descender al Fourierismo y al Comunismo, envidiando las costumbres fanerogamas, y aspirando á no tener otra ley que la que gobernaba la isla de Circe. Llegada á este último fondo de miseria, abandonada á todos los apuros y á todas las sujestiones del hambre, habiendo enteramente disipado la verdad, y habiendo

por esto mismo apurado el error, la sociedad, en fin, ha vuelto á entrar en sí misma, ha sondeado la profundidad de su abatimiento, ha abierto los ojos sobre su estado, y volviéndolos despues *hácia la casa de su Padre*, se ha dicho á sí misma: *Yo me levantaré, yo volveré á aquel que me hizo, al Catolicismo, de donde he salido: ¡Yo iré hácia mi Padre!*

¡Resolucion feliz! ¡feliz retorno! Para ilustraros, para decidiros, hemos escrito este libro, que dirigimos á nuestros hermanos;—á los Protestantes, ante todo, los primeros pródigos, y que por la responsabilidad que han asumido y que continúan en asumir sobre sí, profesando el mismo principio de la rebelion, deben comprender que hay para ellos una doble obligacion, personal y social, de dar los primeros el ejemplo de retorno;—á los católicos que no han perdido la fe, pero que no conforman á ella sus obras y que son menos excusables y mas peligrosos porque la desmienten públicamente en un tiempo en que importa mas que nunca que cada cual cumpla con su deber;—á los católicos que han dejado extinguir esta fe, y que deben tanto mas proponerse la cuestion religiosa, y resolverla, en cuanto es ella la cuestion social, la cuestion pública de vida y de muerte á la cual todo hombre honrado no puede quedar indiferente ni extraño;—á los católicos hostiles á la fe, que, en diversos grados, la han atacado, y que, ilustrados por la esperiencia del error, y teniendo que reparar los estragos por ellos causados, deben una cuenta mas rigorosa de su vida á la sociedad. Plegue al cielo, en fin, que esta sociedad, toda enteramente, penetrada de la gravedad de una situacion tan estrema, se levante como un solo prodigo, y se ponga en marcha hácia el Catolicismo, hácia el Padre comun.

No tema, no, su acogida, y no espere hallar en él las exigencias y las pretensiones de otra edad. Se le mos-

trará lleno de consideraciones y de ternuras. Ni le acusará; ni aun le dejará que se acuse; sino que, cubriendo su miseria con el manto mismo de la inocencia, la tratará con aquel pudor que conviene al reconocimiento, con aquella confianza que es debida al arrepentido, con aquella latitud y aquella libertad que son como el derecho del amor ilustrado por la esperiencia.

¡Y nosotros, primogénitos de la familia, que por una gracia especial no hemos dejado la casa paterna, lejos de nosotros aquel humor intolerante y esquivo con que el primogénito de la parábola contristó el gozo del retorno! Seamos mas bien los primeros en allanarla y anticiparla, tendiendo la mano á nuestros hermanos, y dirigiéndoles estas palabras de sublime ternura, que en una situacion enteramente igual la caridad católica inspiró ya hace tiempo á San Agustin:

Tollatur paries erroris, et simul simus. Agnosce me fratrem: agnosco te fratrem, sed escepto errore, escepta disentione. Hac corrigatur, et meus es. Annon vis esse meus? Ego, si tecorrigas, volo esse tuus. Ego, sublato errore de medio, tamquam pariete maceriae contradictionis et divisionis, esto frater meus, et ego sim frater tuus, ut ambo simsuejus, qui Dominus est et meus et tuus. (Serm. 358, á Carth. ante collat. 2, cum Donatistis).